

sibilidades más o menos remotas de renovar o galvanizar el claudicante cristianismo de las naciones de Occidente. Su concepción del quijotismo cristiano, que se entronca con la de Ganivet sobre el senequismo ibérico, está muy lejos de perder la eficacia moral y la gran significación espiritual que tiene en nuestra cultura. Ha sido una gran lástima que el fiero individualismo de los españoles y la característica incapacidad de organización y asociación de la raza haya privado al gran maestro de buena parte del proselitismo de que era merecedor. Sin acción directa en la política de su país; sin medios para ejercer una influencia más inmediata y rápida que la de sus propias ideas, don Miguel ha gozado, en cambio, de la adhesión fervorosa de los hispanoamericanos que adivinamos en él al profeta máximo de la estirpe ibérica. No importa, pues, que la inteligencia y la pasión creadoras de ese hombre extraordinario se hayan estrellado en España contra uno de los baluartes más sombríos del conservadorismo escéptico que tan diversos disfraces adopta; no importa que los pensadores más jóvenes de España aún no hayan acertado a interpretar y valorizar en todas sus proyecciones y trascendencias la obra creadora de Unamuno: las nuevas generaciones de América llevan íntegramente vivo en el corazón y en la mente al insigne autor de *El sentimiento trágico*.

Si, dando forma práctica al anhelo que muchos de nosotros abrigamos, se lograra crear un órgano centralizador de los esfuerzos culturales de la raza; si, trasladando a América por razones políticas el centro de irradiación del pensamiento hispánico contemporáneo, se lograra reunir en un concilio supremo a las grandes mentalidades dirigentes del grupo humano perfectamente caracterizado a que pertenecemos, no tardaría en evidenciarse la vitalidad de las ideas de Unamuno y el profundo arraigo que han adquirido en estas tierras. Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors, que son tal vez los hombres de pensamiento que más se acercan al valor de Unamuno por la universalidad y la penetración de sus juicios y concepciones, comprenderían que es casi imposible en América intentar ninguna edificación espiritual sin tener en cuenta las sólidas bases implantadas por Unamuno. Por si algo faltara para conferir al viejo profesor de Salamanca la preeminencia de que hoy se haya investido, surgió el incidente del destierro. En esta época que será caracterizada como la verdadera guerra civil de la humanidad, Unamuno—ya considerado por autorizados críticos de habla inglesa como el más vigoroso y original de los pensadores contemporáneos—ha sido el único hombre de esa talla que ha tenido el coraje, o mejor dicho, la abnegación de tomar bandera. Este hecho ha agigantado su figura, ofreciéndola a la consideración de quienes están en condiciones de apreciarla, con relieves de inconfundible heroicidad. Ningún rey, ni ningún político, ni ningún tirano o dictador de los que ahora se reparten el poder en la tierra, puede vanagloriarse de cosa semejante. Es, pues, la cultura hispánica la que ha producido el tipo más excelso de dignidad espiritual.

«España—ha dicho Sanín Cano, profundo conocedor de estos problemas—es un país hispanoamericano». La honda crisis que atraviesa la política española hace concebir a algunos la idea de que la decantada decadencia española, contra lo que hacía preveer el florecimiento de las artes, las industrias y las letras en los últimos años, es irremediable y por ende inconveniente solidarizarse a ella. Este es un error que conviene corregir pronto y la afirmación de Sanín Cano implica una promesa...

(Como Ud. comprenderá, voy escribiendo estas notas en medio de mis trajines entre aduanas, estaciones y puertos; y hasta he pensado darles la forma de diario para excusar sus repeticiones y su confusión. Hoy con mis maletas listas para

salir de Buenos Aires hacia Santiago, después de un día atareado en los consulados y esos templos modernos que llaman bancos, continúo en el fárrago.)

Implica—decía—una promesa de la amplia refutación de ese error que pronto hemos de ver desprenderse de los hechos mismos en nuestra historia civil y cultural. Todo conspiró durante el siglo XIX, bajo apariencias de lo contrario, a determinar la formación de la solidaridad hispanoamericana. Mal comprendido y mal definido este fenómeno por muchos de los mismos que dicen profesarle su entusiasmo coadyuvante, es más significativo y trascendente de lo que vulgarmente se cree. A pesar de algunas desviaciones debidas a la superficialidad del criterio histórico predominante, las ideas madres del hispanoamericanismo han seguido en su desarrollo normal y hoy se hallan convertidas en ideas fuerzas de cuya eficacia no puede dudarse. Afirmando esto después de haber observado la ciudad más peligrosa de América, en cuanto a nuestras orientaciones, por su cosmopolitismo invasor e indiferente. Prescindiendo de algunas tesis más o menos cuestionables de argentinidad, habría que atender aquí a lo que podría llamarse «corriente de latinismo». Italia y Francia entran aquí en juego. La primera, con sus fuertes e influyentes avenidas inmigratorias; la segunda con su persistente, aunque ya en vías de desvanecerse, influencia intelectual. Este latinismo, que eclipsó algo al concepto de españolidad, tan combatido como deficientemente estudiado, se inspira por un lado en razones puras, es decir, desinteresadas; pero en vano se quiere ocultar los motivos de interés que lo abonan, dándole ciertas orientaciones que es preciso rectificar. Tarde abrieron los ojos las potencias latinas de Europa para mirar las amplias perspectivas abiertas a nuestro porvenir. Mientras Inglaterra y los Estados Unidos, con ese espíritu previsor de la raza sajona, enderezaban todos sus esfuerzos para convertirnos en meros mercados suyos; mientras Italia y Francia mostraban hacia estas tierras una indiferencia que hartó ha de pesarnos hoy, España, contra todos los obstáculos (aun el de la imponderable ineptitud de sus clases oficiales), por la sola virtud del idioma, por las afinidades raciales abonadas por la creciente corriente inmigratoria, siguió conquistándonos espiritualmente. Así se explica el paralelismo de nuestro desarrollo social, político, ideológico, industrial y económico.

Marzo, 14 de 1925.

(Continúo escribiendo ahora en Santiago, donde me encuentro desde ayer. Ya ve Ud. que llego a Chile en oportunidad excelente para observar el interesante movimiento político que hace, tal vez, de este país el sitio donde mejor pueden estudiarse las acciones y reacciones de las fuerzas y elementos sociales que hoy se hayan en lucha en el mundo entero. Ofrece, además, este escenario otra causa de complejidad: el problema internacional con el Perú, ahora en uno de sus períodos más críticos, pues como Ud. sabe el Papá del Norte acaba de dar su fallo. Pero, en fin, aquí solo me refiero a esto para llamarle la atención sobre el ambiente en que se desarrollan los pensamientos que malamente voy hilvanando acerca de problemas de mayor trascendencia con los cuales éstos tienen relaciones que Ud. percibirá bien).

El paralelismo notado entre la evolución de los pueblos hispanoamericanos y el proceso civil español, de que le hablaba, se hace evidente aquí. No necesitaré puntualizarle las semejanzas entre la acción del militarismo español y el chileno en la política. El hecho es el mismo, aunque aquí, al menos en su actual vejeidad, los militares propician orientaciones avanzadas, mientras en España se han convertido en el amparo de las derechas ineptas e impotentes. Pero la semejanza es más amplia y general y envuelve a todo el Conti-